



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: La integración latinoamericana como prioridad

Autor: Zea, Leopoldo

Forma sugerida de citar: Zea, L. (1991). El cambio como expresión de libertad. *Cuadernos Americanos*, 1(25), 11-21.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año V, Núm. 25, (enero-febrero de 1991).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados. 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LA INTEGRACIÓN LATINOAMERICANA COMO PRIORIDAD*

Por *Leopoldo ZEA*
CCYDEL, UNAM

RECIENTEMENTE EN BONN, Alemania, asesores norteamericanos de la Casa Blanca y el Congreso de los Estados Unidos sostenían que "Tras el vertiginoso proceso de apertura democrática en Europa del Este y la derrota de los sandinistas en Nicaragua, América Latina deja de ser una prioridad para los Estados Unidos". En Santiago de Chile, el Ministro de Hacienda del gobierno de este país decía: "Es paradójico que sean México, Venezuela y Chile las naciones que digan a los estadounidenses 'estamos listos' para practicar lo que ustedes han pregonado toda su vida: el libre comercio; y que sea Estados Unidos quien se enrede en una retórica que le hace incapaz de llevar a la práctica los lineamientos dados, nada menos que por el presidente George Bush". Así el Plan para las Américas propuesto por el mandatario estadounidense, encuentra cada vez más obstáculos convirtiéndolo en simple retórica de oportunismo político interno. "¿Quieren que entremos al sistema de libre mercado?, preguntan los países latinoamericanos, estamos dispuestos". Recientemente el Ministro de Cultura de Cuba decía: "Quieren que seamos parte del sistema capitalista, pero lo hemos ya intentado y no nos han dejado, ¿por qué ahora nos acusan de no estar con el mundo libre?".

Estados Unidos se suma ahora a lo que la Europa de nuestros días, que se integra y fortalece, viene expresando respecto de América Latina. El sociólogo español José Luis Rubio Cordón ha escrito con relación a esto: "La realidad que vive hoy Iberoamérica es la de su creciente expulsión del Mercado Mundial". De la "dependen-

* Palabras pronunciadas en la Conferencia Latinoamericana de Integración organizada por la COPPAL en Lima, Perú, el día 6 de diciembre de 1990.

cia" está pasando a la "prescindencia". La nueva e integrada Europa no necesita ya nada de las que fueran sus colonias; Europa unida posee en su totalidad una riqueza extraordinaria y no menos extraordinarios instrumentos para explotarla. Por ello el llamado Tercer Mundo, incluida Latinoamérica, no es ya necesario. Aunque en esta "prescindencia" están también incluidos los mismos Estados Unidos. Prescindible es ahora todo el continente descubierto hace quinientos años y luego conquistado y colonizado. En 1492, las tierras descubiertas por Cristóbal Colón pasaban a ser parte de la conciencia europea, pero, al parecer, en 1992 pasarán al vacío de esta misma conciencia. Y en este vacío se encontrarán incluso los mismos Estados Unidos.

Los Estados Unidos son ya también "prescindibles" para Europa. Ésta no necesita ya la protección armada de la que va dejando de ser una de las primeras potencias de la tierra. Europa no necesita de una protección que era pagada con una obligada dependencia económica y política. Europa se niega a seguir siendo patio delantero, territorio ocupado por el poderío estadounidense para la supuesta defensa de su integridad. Europa no está ya amenazada; la Unión Soviética no es ya una amenaza, sino, por el contrario, otro elemento de fortalecimiento europeo con una nación que ha insistido siempre en ser parte de la ahora llamada Casa Común Europea. Sin contrincante, el sofisticado y poderoso ejército estadounidense, creado para la supuesta defensa del mundo libre, resulta obsoleto. La competencia armamentista entre las dos grandes potencias del pasado inmediato, los Estados Unidos y la Unión Soviética, ha sido pagada en detrimento de sus economías y de los pueblos bajo su dependencia. Europa en el occidente y Asia en el oriente, sin la carga del armamentismo, pudieron prepararse extraordinariamente en la competencia europea de la economía de mercado. Economía para la que se tienen que preparar la Europa del Este y Rusia y los mismos Estados Unidos.

Ahora bien, el que Latinoamérica sea prescindible para Europa y Estados Unidos, lejos de ser visto como un mal, debe ser considerado como un bien para el futuro propio de la región. El mismo sociólogo español, José Luis Rubio, dice: "Iberoamérica se siente progresivamente sola. Ése es su drama. Y también su único horizonte de esperanza. Desde lo profundo de sí misma tendrá que extraer sus propias fórmulas. Nada salvador le va a venir de fuera. Con sus propias soluciones y con sus propios recursos deberá edificar su futuro". Ya Hegel decía que para que América deje de ser

“eco del viejo mundo y el reflejo de ajena vida, para que pueda ser ella misma y realizar su propio y exclusivo futuro, América debe apartarse del suelo en que hasta hoy se ha desarrollado la historia universal”. América no puede, no debe ser ya el futuro de otros mundos, de otros hombres de Europa, sino hacer lo mismo que ellos y realizar su propio y exclusivo futuro. El historiador francés Fernand Braudel escribía: “¿América no es la explicación fundamental de Europa? ¿Acaso Europa no ha descubierto, inventado América y celebrado el viaje de Colón como el mayor acontecimiento de la historia?”. “América es el hacer de Europa”; “Europa tuvo pacientemente que reconstruir a América a su imagen y semejanza para que empezase a responder a sus deseos”. Una América vacía de sí misma que debía ser llenada por Europa. Y “esto sólo podía ser así si el hombre de esta región está sólidamente aferrado a ella en su obligada tarea: la servidumbre, la esclavitud, esas antiguas cadenas, renacen por sí solas como una necesidad o una maldición impuesta por el exceso de espacio”. Pero el espacio es también “liberación, tentación”. El hombre puede hacer del espacio vacío algo que ha de llenar para sí mismo. Tal es, precisamente, agregaríamos, lo que esta nuestra América tendrá que hacer para sí misma, máxime que ya es considerada prescindible por los creadores de espejismos y modelos que la esclavizaban. América no tiene ya por qué ser eco o reflejo de ajena vida, eco y reflejo de una vida que no quiere ya ser reflejada fuera de sí misma afirmando los intereses de su propia y peculiar integración.

En este horizonte de supuesta soledad a la que se manda al Continente Americano, ya innecesaria para los intereses de sus descubridores, conquistadores y colonizadores, el mismo José Luis Rubio preguntaba recientemente: “¿No tienen ustedes los iberoamericanos miedo a quedarse solos?”. “No”, le contesté, “como los toreros en el ruedo decimos: ¡Dejádnos solos!”. Lo que sí nos preocupa, en esta supuesta soledad continental, es quedar mal acompañados por otra región de esta nuestra América que va dejando de ser una gran potencia, el más grande centro de poder de la historia, y que por ello se niega a dejar de ser. No queremos seguir siendo eco y sombra del viejo mundo, pero tampoco “patio trasero” de la otra América. Y, precisamente, para no serlo, se presenta como urgente la realización de los viejos sueños de unidad o integración latinoamericana. El viejo sueño de Bolívar y otros muchos de nuestros grandes próceres que hablaron de la integración en la libertad de pueblos que han estado integrados, por tres largos siglos, en la de-

pendencia impuesta por el coloniaje. Dependencia impuesta por el coloniaje de Iberia y de otras potencias, como en nuestros días lo muestra la deuda externa. Tenemos que unirnos, integramos, los latinoamericanos, para no seguir siendo instrumentos de otros pueblos, el futuro de otras naciones y otro continente. Ahora Europa considera que somos prescindibles, no necesarios ya para la creación de su futuro. ¡Enhorabuena! Ahora nosotros deberemos realizar nuestro propio y exclusivo futuro, ya sin interferencias continentales ni extracontinentales.

Dentro de este contexto de la expulsión de América de la conciencia de una Europa y sus intereses que no necesita más de ella, se fue perfilando la sorpresiva propuesta estadounidense, el Plan de las Américas, del presidente estadounidense George Bush. Hacer en América lo que se estaba haciendo en Europa y en Asia, integrarnos continentalmente en un Mercado Común. La idea, en principio, no es mala; el problema lo plantea la misma nación promotora de la propuesta, los Estados Unidos, que obligados ahora a replegarse buscarían de otra forma la relación con la otra América. Hace precisamente cien años, entre 1889 y 1890, a sugerencia de los mismos Estados Unidos, el Senador James S. Blaine convocaba a un Congreso Americano de las naciones del continente para la consolidación de la Unidad Continental, la Unión Panamericana, el Panamericanismo el ahora llamado Sistema Interamericano José Martí, por encargo de *La Nación* de Buenos Aires, describió los entresijos de la reunión y hacia dónde apuntaba la misma.

Era éste el resultado y la respuesta a los fracasados intentos latinoamericanos por integrarse, unirse entre sí: en 1826 en Panamá, en 1847 en Lima, en 1856 en Santiago y nuevamente en Lima en 1864, el primero para romper el viejo yugo colonial ibero y los demás para enfrentar el ya amenazante yugo de la potencia que trataba de ocupar el vacío de poder ibero en América, los Estados Unidos. Fracaso absoluto que haría posible la iniciativa del que se perfilaba ya como gran centro de poder de la tierra, Estados Unidos. La integración del tiburón con las sardinas. Integración dentro de la Doctrina Monroe, América para los estadounidenses. El sistema panamericano ahora maltrecho por la resistencia latinoamericana. ¿De qué se trata ahora? ¿Otra vez la misma gata? ¿Un mercado común americano en relación con los intereses de sus promotores? Sin embargo, son ya otras las situaciones. Es distinta la situación cuando se pone en marcha, desde Washington, hace cien

años, el Sistema Interamericano y el Plan para las Américas que ahora se dan en otro contexto histórico.

En 1889 la propuesta la hace una nación cuya pujanza era ya patente, y se preparaba a ampliar la misma, asimilando las salvajes tierras del lejano oeste, uniendo el Atlántico con el Pacífico, en una acción que absorbió también las tierras arrancadas a México en 1847. Ocho años después de la reunión de Washington, en 1898 los Estados Unidos se lanzarán a la conquista de las últimas colonias españolas en América, en el Caribe y el Pacífico, derrotando de manera aplastante a España, y a partir de este triunfo apuntarán hacia el dominio de Asia, desde las Filipinas. El Golfo de México se transforma en un lago bajo dominio estadounidense, y desde él se extenderá sobre Centroamérica mirando hacia el sur. Pero la expansión norteamericana apunta aún más lejos. Como diría un panegirista del imperio naciente, "hacia las estrellas". Son los Estados Unidos de William MacKinley y Teodoro Roosevelt, el del gran garrote, los infantes de marina y las cañoneras, quienes imponen los intereses de los Estados Unidos.

La propuesta para la formación de un Mercado Común Americano la hace una nación que está siendo desalojada de Europa y Asia y del mismo Sistema Económico que propone para las Américas. Los vencidos rivales de la guerra, Alemania y Japón, sin la carga del armamentismo, han desarrollado la tecnología que les está dando la prioridad en la economía de mercado. Los Estados Unidos, una potencia precisamente armada y por ello mismo inmersa en una grave crisis económica, dueña de un ejército y un armamento con el que no sabe qué hacer, salvo utilizarlo para castigar las impertinencias del Tercer Mundo y para amenazar a quienes intenten rebelarse. En su repliegue tienen ahora que buscar una nueva relación con los pueblos vistos tan sólo como patio trasero de sus intereses. Para que la economía de mercado tenga éxito en este Continente, deberá ser otra la relación que entre sí han de guardar los diversos pueblos de América. Así sucede en Europa y así está sucediendo en Asia. La América Latina no podrá mantener en este Mercado Común la misma situación en que se inició hace cien años. Ahora esta América Latina deberá participar con intereses comunes y ser tomada así en cuenta. Varios países latinoamericanos le toman la palabra al presidente George Bush para discutir con él la forma como ha de darse esta integración para ser realista. No ya más la vieja relación de dependencia, sino una relación horizontal de solidaridad.

Las posibilidades de una nueva relación las ofrecerá la misma experiencia interna de los Estados Unidos, que a lo largo de su historia han tenido que asimilar, que integrar dentro de sí, a diversos grupos raciales y culturales, con los cuales se han encontrado dentro y fuera de sus fronteras. Los restos de los indígenas que fueran dueños de las llanuras del Oeste, los mexicanos y otros hispanos sobre cuyas tierras se expandía en diversas regiones de esta nuestra América. Africanos, desarraigados de sus tierras de origen para servir de esclavos, así como asiáticos, de China y de la India ayer y vietnamitas hoy. Gente de diversas razas y culturas que emigraron a los Estados Unidos en busca de mejores oportunidades. Gente que vino a hacer el trabajo sucio que no querían hacer los emigrantes WASP.

Los integrantes de los Estados Unidos han tenido que luchar entre sí contra la esclavitud, por la extensión del sufragio y otros derechos civiles a los hombres de color, para reafirmar los derechos de la mujer, para lograr derechos sociales como el sindicalismo dentro de una tremenda desigualdad social, de pobreza y acumulación de riquezas, la penetración cultural y otras formas de manipulación social. Esto ha hecho de los Estados Unidos una nación cada vez más cercana a la América Latina, que ha sido crisol de razas y culturas que se han dado encuentro en su seno. A lo largo del tiempo los Estados Unidos se han ido latinoamericanizando, y se han perfilado como un gran continente integrado racial y culturalmente a partir del obligado reconocimiento de la múltiple identidad de sus miembros. Es dentro de ese horizonte que la búsqueda de una integración continental se perfila de manera positiva.

Todo esto parece ahora imposible, como lo muestran los últimos acontecimientos. La propuesta del presidente George Bush para la integración de las Américas a través de un gran convenio de libre comercio empieza a ser vista como simple retórica política de acuerdo con la política interna de los Estados Unidos. Abiertamente se habla ya de no ser prioritario el interés de los Estados Unidos por la América Latina. Terminado el problema del comunismo que ha sido eliminado en la región que lo possibilitó, la Unión Soviética, la Europa del Este interesa ahora más que la América Latina. Así, tienen más posibilidad las relaciones que se pueden establecer con pueblos que están ya dentro de la economía de mercado, como lo son los pueblos europeos. Y como proyectos de inversiones, son mejores los que puede ofrecer la Europa del Este incluida Rusia, que será parte de la Casa Común Europea.

Los Estados Unidos desplazados en Europa se empeñan ahora en integrar la economía de mercado de esta región de la que se consideran parte por su origen. La vieja preocupación de rusos e iberos respecto de la Europa Occidental, el mismo afán por formar parte de esa Casa Común Europea. ¿Acaso no entrarán en ella los rusos? ¿Por qué no los estadounidenses blancos, occidentales y cristianos? Los Estados Unidos siguen siendo dueños de un poderoso ejército que puede defender al mundo occidental, que no quiere ya saber de colonias ni coloniajes. Ejército para defenderlo ahora del narcotráfico que degrada las conciencias del occidental y europeo, y también del terrorismo y la aparición de déspotas que pongan en peligro la estabilidad del Mundo Occidental como sucede ahora en el Golfo Pérsico. Europa puede seguir recibiendo la protección de los poderosos y armados estadounidenses. Europa puede ser defendida del mundo exterior de la droga y la violencia. Si los rusos tienen derecho a ser parte ¿por qué no los Estados Unidos? En España, durante la visita que hizo Mijail Gorbachov, se levantó frente a él una pancarta que decía: "Go home yanquis and rusos". A lo que Gorbachov replicó sonriente: "Lo siento, los rusos somos europeos y no podemos irnos".

Eliminado el supuesto peligro comunista, los Estados Unidos están con Europa y la apoyan con sus armas para mandar al vacío al llamado Tercer Mundo, a los pueblos de los cuales no tienen ya Europa ni el Mundo Occidental necesidad. Pueblos prescindibles que inclusive han de ser expulsados de la misma Europa. Expulsados hombres y culturas que están siendo vistos como ajenos a Europa y originan brotes antirracistas que se multiplican. Caídos los muros para no dejar salir, se levantan ahora muros para no dejar entrar, para dejar en la periferia gente de otras razas y culturas. La xenofobia que se hace sentir con violencia en muchos lugares de Europa contra la presencia de gente llevada a sus entrañas por Europa, que bajo diversas formas de servidumbre resultaban imprescindibles y que ahora no lo son con la presencia de la Europa del Este. En la misma Unión Soviética, Alejandro Solyenitzin pide descolonizar a Rusia lanzando fuera de sí la carga de los pueblos que originó la colonización sobre el Asia. Fuera de las entrañas del mundo occidental, gente que en su momento fue necesaria para Europa pero que ahora ha dejado de serlo.

Los Estados Unidos siguen el mismo camino que se está haciendo patente en Europa. Se va poniendo de lado la convivencia que el

ciudadano blanco occidental y cristiano había aprendido a tener con hombres distintos. En su lugar surge la violencia contra las supuestas minorías de latinos, negros y otros hombres de color. Estos hombres son vistos ya como un estorbo para la necesaria recuperación de los Estados Unidos ya en dificultades frente al desarrollo de diversos bloques de intereses que se forman en el Pacífico y en el Atlántico. La latinoamericanización de los Estados Unidos está siendo frenada al reanimarse viejas formas de discriminación y violencia contra el ciudadano no WASP. El peligro comunista ha dejado de existir, terminó la guerra fría; el peligro lo representan ahora pueblos hasta ayer sumisos que con sus reclamos y presencia perturban y violentan el futuro de un mundo de prosperidad y grandeza que ha de levantarse en Europa y en los Estados Unidos, la grandeza del Atlántico del Norte.

Los Estados Unidos, con sus poderosos ejércitos y sofisticados armamentos, se ofrecen una vez más como los defensores del llamado mundo libre que sólo puede estar al alcance de hombres libres por naturaleza. Por ello en Panamá se castiga, escarmienta y advierte a quienes supuestamente llevan el veneno de la droga al Mundo Occidental. Ahora se moviliza un gigantesco ejército en el Golfo Pérsico para frenar la ambición del ayer aliado iraquí que fue armado para castigar a Irán. Irak no puede actuar por su cuenta, tratando de imponer sus intereses sobre los intereses del mismo mundo que le armó para que le sirviese mejor. Los Estados Unidos se vuelven a presentar como los líderes y guardianes de los intereses eurooccidentales. James Baker, Secretario de Estado del gobierno estadounidense, declara que la presencia militar en el Pérsico es necesaria para impedir la recesión mundial, para impedir que el mundo que está creciendo, el Primer Mundo, sea torpedeado por las acciones del Tercer Mundo. "La arteria económica del mundo industrial —dice— proviene del Golfo y nosotros no podemos permitir que un dictador como Saddam Hussein la oprima". Porque esto significa "llanamente empleos". La economía del mundo eurooccidental caería por los suelos si acciones como las de Irak tuviesen éxito. El hombre medio estadounidense debe saber que perdería sus empleos si Irak tuviese éxito al frenar la prosperidad del mundo en desarrollo.

De empleo se habla también dentro de los Estados Unidos. El presidente Bush veta una ley del Congreso aprobada para ampliar las posibilidades de empleo a los discriminados grupos sociales que forman ciudadanos estadounidenses de origen latino, africano y asiá-

tico. Ley en defensa de los derechos humanos vetada porque afectaría los derechos de otros ciudadanos, los que necesitan grupos sociales que con su riqueza y opulencia pueden hacer de los Estados Unidos un mundo aún más rico y poderoso. De empleos habla también el ultraconservador senador republicano Jesse Helms, quien para derrotar a su opositor negro, candidato demócrata, grita: "Votar por un negro es votar contra el empleo de los blancos". Es para salvaguardar estos empleos que se enrolan en el ejército que se está desplegando en el Pérsico, jóvenes mexicanos, ayer indocumentados, que para no ser expulsados cumplen con la obligación que ahora les impone para su permanencia el gobierno de los Estados Unidos.

Tanto en Europa como en los Estados Unidos el no europeo, no occidental, es considerado prescindible y por ello extraño a un mundo al que ya no pertenece. Así la idea de una América unida como totalidad resulta una vez más imposible. América Latina no es ya el futuro de nadie salvo de sí misma. Ha dejado de ser, inclusive, el patio trasero del imperio o furgón de cola del progreso. Sola pero en la mira del poderoso mundo occidental para que no intente afectar lo que este mundo ha de realizar al uno y al otro lado del Atlántico.

América Latina y, con ella, otras grandes regiones de la tierra que formarán el llamado Tercer Mundo, queda sola. Sola, sin alternativas, sin opciones que no sean las que surjan de su propia y larga experiencia en el subdesarrollo y la dependencia. El mundo socialista presentado como una alternativa ha dejado de existir. Éste se incorpora al Primero y al Tercero, económicamente, asciende a Segundo y pasa a enfrentar abierta y directamente la acción represiva del Primero. En los Estados Unidos el senador Jesse Helms decía en su campaña para reelegirse: "No puedo ser ya anticomunista, pero ahora soy rabiosamente antiiraquí y anti todo lo que atente contra la prosperidad del mundo blanco y occidental al que pertenezco". Así los intactos ejércitos estadounidenses, creados para enfrentar el peligro comunista, apuntan con sus armas contra cualquier país no occidental que trate de afectar el desarrollo del mundo industrializado, que pretenda afectar el derecho al empleo de los ciudadanos blancos, occidentales y cristianos.

Eliminado el comunismo, los Estados Unidos buscan nuevamente ocupar el "vacío de poder" que éste deja. Ahora son otros pretextos. En Panamá se aplasta al comandante Noriega, y, una vez eliminado, pasan al olvido todos los ofrecimientos hechos al pueblo para derrocar al tirano. En Nicaragua, triunfante la oposición

antisandinista, se olvidan las promesas de apoyo para sacar al país de la crisis económica que originó la derrota del sandinismo. Muerto el perro se acabó la rabia. La solidaridad sólo se ofrece en situaciones de conflicto pero, al concluir éstas, pasa al olvido.

¿Se quedará nuestra América en la más absoluta soledad? La otra América, los Estados Unidos, se perfilan ahora como el gran mercado de la producción europea y asiática, la América Latina no, ya que el subdesarrollo que sufre le impide ser considerada como parte de la economía de mercado por la que ahora se forman bloques de intereses. Pero no es posible mandar al vacío a pueblos que han hecho la prosperidad del llamado Primer Mundo. Que esto no es posible, lo muestran los sucesos del Golfo Pérsico; el mundo occidental sigue necesitando del que fuera Tercer Mundo. Dentro de una concepción autárquica Europa y Asia se preparan a integrarse para no depender de fuerzas extrañas a su prosperidad. Unidos entre sí cuentan con riqueza y brazos suficientes para explotarla y transformarla. ¿Por qué no la América Latina? Esta América nuestra cuenta con extraordinarias riquezas, con brazos suficientes para lograr su propio desarrollo. Le falta tecnología, pero ésta se alcanzará a partir del momento en que pueda integrarse y ofrecer al mundo, como lo hacen Asia y Europa, los productos de una riqueza que está ya a su servicio. Tanto en Europa, como en Asia, vemos que la integración se realiza entre pueblos diferentes en culturas y razas. En Europa, pueblos que han luchado entre sí a lo largo de la historia para imponer su hegemonía, ahora se integran para el logro de una meta común. ¿Por qué no Latinoamérica?

La América Latina tiene, pese a la diversidad de razas y culturas que se han dado encuentro en ella, más elementos de unión que los que pudieran tener asiáticos y europeos dentro de sí. Nuestros pueblos, unidos por una cultura que ha posibilitado la integración y mestizaje de razas diversas, poseedores de una lengua, religión y sentido de la vida forjado en varios siglos de dependencia común y la lucha por ponerle fin. Por ello sólo integrados estos nuestros pueblos podrán entrar en relación con otras regiones de la tierra, con los bloques de intereses que se están formando en una relación que no puede ya ser la de la dependencia. No se trata de optar por dependencias, como se viene sugiriendo respecto de los diversos bloques de intereses que se están formando. No se trata de elegir la dependencia con los Estados Unidos, la de Europa o Asia, sino de hacer de esta obligada relación un instrumento al servicio de todos y cada uno de nuestros pueblos. Integración

que no está reñida con los concretos intereses de los pueblos que forman la América Latina. Cada uno de ellos podrá buscar su propia y concreta forma de desarrollo, pero sólo con el apoyo solidario del resto de estos pueblos, como en una gran familia cada uno de cuyos miembros buscan su propio y concreto desarrollo.

La soledad a la que se supone vamos a ser enviados no es posible porque somos parte de pueblos extraordinariamente ricos en humanidad, con raíces en las diversas regiones de la tierra, con Europa, Asia, África y Oceanía. Los pueblos que sí se van a quedar fuera de la historia son aquellos que limitan sus raíces y tratan de cortar con los que consideran rebajan su limitada expresión de humanidad. La soledad de la que se habla, por la supuesta falta de opción, lejos de ser una maldición para pueblos como los nuestros es la mejor de las bendiciones. Ya no trataremos de ser otros que lo que somos, no trataremos de ser como otros pueblos, como España, Portugal, Europa, los Estados Unidos, la Unión Soviética o China sino simplemente hacer lo que estos pueblos han hecho y hacen partiendo de sus propias y peculiares experiencias. Solos ya, estamos obligados a encontrar nuestras propias soluciones sin pretender que las mismas respondan a ciertos modelos externos. Y a partir de estas soluciones propias, participar con el resto de la humanidad sin renunciar a la ineludible identidad que hace de los hombres entes concretos y no abstractos. Partir de una identidad común que la historia ha originado en los pueblos de esta región y que lejos de ser una limitación puede ser vista como una ejemplar expresión de lo humano en sus múltiples y diversas manifestaciones a lo largo del planeta. Pueblos cuyos individuos se saben ya semejantes entre sí a partir precisamente de sus múltiples diferencias, personalidad e identidad que, en este sentido, resultan ser semejantes entre sí, semejantes por ser, paradójicamente, distintos, esto es, individuos concretos. Pero no tan distintos que unos puedan considerarse más hombres que otros.